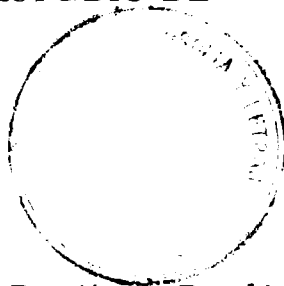


EL APOORTE DE LA ETNOHISTORIA AL ESTUDIO DE LA ARQUEOLOGÍA DE PATAGONIA

*Lidia R. Nacuzzi **



INTRODUCCIÓN

En abril de 1984 se realizó en San Juan la I Reunión de Protohistoria/Etnohistoria Sudamericana. En ella un grupo de colegas chilenos, brasileños y argentinos discutimos diversos problemas: las definiciones y los alcances de los conceptos de protohistoria y etnohistoria, la metodología del etnohistoriador (o protohistoriador), las relaciones entre etnohistoria y arqueología. Un año después, el VIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina organizaba en su seno un simposio sobre "Estrategias y metodologías de la investigación", en el que se nos invitó a participar para referirnos al tema que nos ocupa. En esa ocasión, entre variadas nuevas técnicas de análisis de vestigios arqueológicos, novedosas metodologías de prospección, aportes de las ciencias naturales, físico-matemáticas y estadísticas al estudio de los restos arqueológicos y antropológicos físicos, la etnohistoria quedó delineada como un aporte al estudio de la historia indígena, a través de su relación con la arqueología y con la historia.

En el primero de esos encuentros, el tema dominante en las discusiones fue si la etnohistoria era competencia de antropólogos o historiadores, y cuál era su relación con la arqueología. En nuestro país hacen etnohistoria profesionales provenientes de la historia y de la antropología. Casi como un reflejo de las suspicacias y los recelos mencionados por Trigger (1987:50) y Murra (1975:302), los historiadores piensan que sólo ellos están preparados metodológicamente para abordar la lectura y la crítica de fuentes, y no relacionan en sus trabajos los datos que de ellas obtienen con la información arqueológica. Los antropólogos pensamos que es indispensable estar entrenados en la problemática de la etnografía para comprender los relatos, a veces extraños, acerca de pueblos que viajeros y misioneros veían por primera vez y describían confusa y tendenciosamente, según su cosmovisión y las motivaciones de sus viajes. Además, nuestro interés por la etnohistoria está domi-

* CONICET / Instituto de Ciencias Antropológicas (UBA).

nado por la búsqueda de explicaciones para los registros arqueológicos tardíos, y de hipótesis y analogías para los más tempranos.

En nuestra contribución al simposio mencionado, reflejamos nuestra postura al respecto, ante la cual algunos colegas presentes expresaron su preocupación por la independencia de la antropología como disciplina científica.

El presente trabajo contiene la versión levemente modificada del texto leído en aquel encuentro, más una caracterización de la información etnohistórica sobre Patagonia. De las diversas concepciones de etnohistoria—cuestión sobre la cual hay mucho escrito— comentamos y analizamos aquí la que nos parece más interesante. Queremos destacar cómo dos autores de especialidades diversas (Trigger y Moniot) coinciden en la necesidad de un enfoque histórico de los temas relacionados con las poblaciones nativas, enfoque que también nos parece necesario para la arqueología.

Los datos que presentamos sobre Patagonia han sido reunidos en sucesivas etapas, a lo largo de los últimos 15 años. En ese período nuestro acercamiento a la problemática etnohistórica ha ido reenfoándose en torno de intereses diversos, aunque nuestras primeras incursiones en ella se realizaron desde el punto de vista de la arqueología. Los datos que presentamos aquí son los que pueden interesar a los arqueólogos de Patagonia, mostrando lo que ellos pueden esperar —y también lo que no deben esperar— de un aporte desde la etnohistoria.

ALGUNAS PERSPECTIVAS PARA LA ETNOHISTORIA

Los puntos de contacto entre la etnohistoria y la arqueología forman parte de una complicada trama de relaciones interdisciplinarias de la antropología social/cultural, la etnología, la historia social y la historia colonial, que Trigger (1987) ha desentrañado magistralmente en su trabajo sobre problemas y perspectivas actuales de la etnohistoria.

Nos interesa mencionar aquí la falsa dicotomía que el mismo autor señala entre antropología e historia, en la que una se dedica a la historia de los europeos y la otra a la de los pueblos nativos (Trigger 1978). De esa dicotomía derivan las estrechas relaciones de la arqueología prehistórica con la antropología, sobre todo si recordamos que la arqueología se dedica mayormente a explicar —a través de vestigios materiales— desarrollos culturales de pueblos cuya forma de vida era diferente de la occidental, pueblos sin escritura (o sea, “sin historia”), pueblos que también integran la categoría de *otros* (Moniot 1978).

Pero también es estrecha la relación de la arqueología con la historia. Como ella, estudia el pasado humano, aunque con una diferencia substancial de métodos y técnicas. La tendencia a negar esta relación de la arqueología con la historia y las demás ciencias sociales, refleja la visión estática que se tiene de las culturas nativas, la creencia en su condición de “extrañas”, “primitivas”, cercanas a lo natural, ajenas al cambio.

El estudio de esos “pueblos sin historia” se vio afectado por prejuicios muy difundidos como la falta de documentación adecuada, el poco cambio

de los grupos indígenas antes del contacto con los europeos, la aparente falta de mérito para un estudio histórico de los procesos de declinación y asimilación que se produjeron después del contacto (Trigger 1978) Estos grupos, entonces, eran estudiados por la etnología "como sociedades estáticas propias para pasar al museo de culturas" (Moniot 1978:118). Entre aquellos que no se negaban a concebir una historia para esos pueblos, dice Moniot, existía un sentimiento de la imposibilidad práctica de hacerlo, por la falta de fuentes: gentes sin escritura, cuyas tradiciones orales son indignas de crédito, en las que las constataciones etnográficas no permiten más que conjeturas, y sobre las que las observaciones ajenas no han sido más que raras y superficiales.

Ambos autores señalan la importancia de la aculturación que produjo la dominación occidental para la historia de estos pueblos. Para Trigger son los estudios sobre aculturación los que en América del Norte hacen tomar conciencia del cambio en las sociedades indígenas. También coinciden en el papel de la arqueología para el estudio de estos pueblos: los datos arqueológicos resultan útiles para extender la historia indígena hacia atrás, hacia la prehistoria, y para liberarse de las limitaciones y desviaciones de las fuentes documentales blancas; demuestran que las culturas no eran estáticas (Trigger 1978); permiten inmensa profundidad histórica y son el mejor garante de los progresos de la historia de los pueblos sin historia (Moniot 1978).

Trigger y Moniot enfocan el problema desde la perspectiva de la etnohistoria, y considerando el aporte que ella pueda brindar al estudio de la historia indígena, sustentada y controlada por la arqueología. Si enfocamos el problema desde el otro punto de vista, el de la arqueología, veremos que su conjunción con la etnohistoria también resulta ventajosa para ella. Descontando lo imprescindible de una confrontación de datos de una y otra vertiente cuando se trata de sitios con cronologías recientes, los arqueólogos pueden encontrar interesantes posibilidades de elaborar hipótesis, perfeccionar las inferencias realizadas sobre la base del registro arqueológico, interpretar problemas particulares de sitios o de áreas de investigación y elaborar analogías aun para contextos arqueológicos tempranos, con la condición de no utilizar en esos razonamientos *datos* etnohistóricos aislados o fuera de contexto.

Desde el punto de vista de la arqueología, hemos incursionado en la investigación etnohistórica de la Patagonia, pretendiendo enfatizar aspectos como: dispersión y ubicación geográfica de los diferentes grupos indígenas, relaciones entre ellos, características de su movilidad y de sus paraderos, densidad de sus viviendas y de sus asentamientos, actividades de subsistencia, hábitos alimenticios y prácticas comerciales, producción de diversas manufacturas y aprovisionamiento de materias primas. Pensamos que cada uno de estos aspectos constituye información útil en el momento de interpretar los vestigios arqueológicos de un sitio o de un conjunto de sitios en un área reducida. Para áreas extensas pobladas en el pasado por grupos no sedentarios (como Patagonia), es posible realizar inferencias en cuanto a movimientos

de población, traslados estacionales a largas distancias, o contactos entre diferentes parcialidades. Algunos de estos aspectos fueron tratados en Schlegel et al. (1976), Boschin y Nacuzzi (1979), Nacuzzi y Pérez de Micou (1983-85) y Nacuzzi (1987).

CARACTERÍSTICAS DE LA INFORMACIÓN ETNOHISTÓRICA

La etnohistoria es una metodología particularmente apropiada para el estudio de la realidad americana desde la Conquista, pero la información disponible para las diversas regiones de América no es uniforme. Hay regiones privilegiadas en cuanto a la variedad y la cantidad —y aun la calidad— de los documentos disponibles y otras en las cuales las propias características de la ocupación europea del territorio produjeron otro tipo de fuentes de archivo.

La Patagonia continental, del lado argentino, parece tener identidad propia en cuanto a las formas y los momentos del contacto hispano-indígena; al sur del Estrecho y en la vertiente occidental de la Cordillera se presentan situaciones diferentes. Exceptuando la región de la actual provincia del Neuquén —para la cual Schobinger (1958-59) presenta un panorama muy completo de las fuentes disponibles—, la zona que nos ocupa perteneció siempre a la jurisdicción de Buenos Aires, lo cual constituye también una característica a tener en cuenta en la búsqueda de información.

Los documentos escritos sobre la Patagonia continental argentina provienen exclusivamente de la actuación de misioneros y viajeros (con algunos casos puntuales de documentos administrativos de enclaves españoles en la costa). Se pueden ordenar en varios períodos, que se corresponden con los **acontecimientos de la conquista y la colonización**, del establecimiento del Virreinato del Río de la Plata y de la conformación del Estado nacional.

No hay actas de fundación ni actas capitulares ni visitas; los procesos judiciales y las probanzas de servicios son raros. Esta falencia tiene relación directa con la imposibilidad por parte de los españoles de organizar pueblos, encomiendas, misiones o reducciones con los indígenas de Patagonia, dadas sus características de pueblo cazador-recolector no sedentario (cfr. Watchel 1978:139).

La información disponible se ordena, de acuerdo con sus características y los motivos y momentos de su producción, de la siguiente manera:

1. Entre 1520 y 1580 se suceden los viajeros de la época del descubrimiento (Pigafetta, Loaysa, Alcazaba, Camargo, Sarmiento de Gamboa) que llegan en expediciones navales, desembarcan en distintos puntos de la costa (siempre al sur del paralelo 44°) y tienen contactos escasos y esporádicos con los nativos.

Este momento coincide cronológicamente con el que Céspedes del Castillo (1972:321) denomina de "fundación de las Indias" para la América nuclear y andina; pero en Patagonia no tiene la característica de asentar una nueva sociedad sino más bien la del período anterior (1493-1518): "torpes

y fracasados ensayos colonizadores” como etapa previa a la “verdadera colonización”.

Los autores que relatan los primeros contactos con los habitantes nativos de Patagonia generalmente describen los hechos dominados por la sorpresa y por la situación de “descubrimiento”, con interpretaciones y descripciones casi fantásticas de esos desconocidos. Sin embargo, hay datos puntuales que sirven, a la luz de documentos posteriores, para esbozar una imagen de esos pueblos antes de la llegada del blanco.

2. Después del viaje de Sarmiento y hasta bien entrado el siglo XVIII, podemos identificar un segundo momento. Esta vez hay coincidencia de fechas y de características para el período que Céspedes de Castillo (1972: 439) llama “la centuria olvidada”, durante la cual la monarquía española sigue una política indiana “barata”, tendiendo a trasladar los “gastos de la colonización en sus súbditos de las Indias”. Por cierto, los súbditos interesados en colonizar la Patagonia no aparecen por ahora. Solamente se registran:

- a) viajes de navegantes no españoles, que tocan la costa pero no dejan relatos (o ellos son muy escuetos) de encuentros con nativos (Cavendish, Noort, Drake, Narbrough), también al sur de los 44°; y
- b) entradas de misioneros jesuitas desde Chile —en la segunda mitad del siglo XVII y hasta 1713 aproximadamente— sobre todo en la zona del Nahuel Huapi y alrededores, con el establecimiento y el fracaso de una misión. En 1707, Silvestre Antonio de Rojas realiza una “incursión a los Césares” desde Buenos Aires, pero no se encuentra con indígenas.

En el primer caso las características de los relatos en cuanto a calidad y cantidad de información casi no varían respecto del momento anterior, aunque estos viajeros llegan un poco más informados sobre lo que van a encontrar. En cuanto a los jesuitas, están más tiempo en contacto con los grupos indígenas y sus descripciones de rasgos culturales y aspectos físicos son más minuciosas, pero siempre teñidas por el afán de formar una reducción y bautizar el mayor número posible de almas. Además, se trata de un área geográfica restringida para lo que es la región patagónica.

3. Un tercer momento está caracterizado por los viajes y reconocimientos que parten desde Buenos Aires, que en 1776 es transformada en capital del Virreinato del Río de la Plata. Es manifiesto el interés por reconocer la costa y sus lugares aptos para poblaciones.

En este período se conoce la famosa obra de Falkner (1774) *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America...*. No vamos a discutir aquí su probable intención geopolítica, pero diremos que coincide con expediciones francesas e inglesas que en sus viajes alrededor del mundo tocan las costas patagónicas (Byron, Bougainville), y con reiterados esfuerzos de la Corona española por asentar con éxito fuertes en la costa sur (San Julián, Puerto Deseado, San José, Carmen de Patagones), además de sus propias expediciones desde el Viejo Mundo, como la de Malaspina.

Desde Buenos Aires, ya en 1745 se produce el viaje de los jesuitas Stro-

bel, Cardiel y Quiroga, que llegan hasta Río Gallegos por barco, sin encontrarse con indígenas. Más tarde recorren la costa patagónica Barne, Perler, de la Piedra, Viedma, Villarino, Elizalde y Ustariz. Villarino, además, remonta el río Negro y el Limay, en la primera incursión hacia el interior patagónico partiendo desde la capital del Virreinato. Se destacan en este período las largas permanencias (y la producción de diarios y papeles administrativos) de los hermanos Francisco y Antonio de Viedma en Carmen de Patagones y en el Puerto San Julián (esta última también con exploraciones hacia el interior que llegan al actual lago Viedma).

Aquí comienzan a aparecer informaciones más minuciosas, primero sobre topografía y recursos naturales de las costas, y más tarde sobre recursos económicos, cantidad de personas por grupo, nombres de caciques, relaciones interétnicas, organización política de los grupos. La correspondencia de los hermanos Viedma con Buenos Aires tiene la particularidad de reflejar situaciones cotidianas en forma inmediata, mostrando los problemas y los sucesos de manera muy real. Para algunos aspectos por estudiar (como el de las relaciones indígena-blanco), se transforman en documentos de mayor calidad que los diarios, por ejemplo.

En el interior del territorio, se destacan la incursión del capitán Juan Fernández (1770), la presencia de Fray Francisco Menéndez en el Nahuel Huapi (1798) y el viaje del marinero González desde Puerto Deseado al Río Negro en el mismo año.

4. Entre 1828 y 1870, aparecen misioneros protestantes y viajeros europeos que recorren algunas zonas de Patagonia, o se instalan durante períodos más o menos prolongados junto a grupos indígenas (D'Orbigny, Arms y Coan, Guinnard, Schmid, Huzinker, Gardiner, Cox, Claraz, Musters). Se destaca en este período el primer intento de "Conquista del Desierto" por parte de Rosas, que llegó sólo hasta el río Colorado. En 1865 se instala la colonia galesa del Chubut, en Puerto Madryn, y al poco tiempo se traslada a la actual Rawson.

Hacia 1870 hay tres ciudades en Patagonia: Punta Arenas (fundada en 1843 como Fuerte Bulnes), Valdivia (fundada en 1552), Carmen de Patagones (1779) y dos asentamientos de menor importancia, la Colonia Galesa e Isla Pavón (en la desembocadura del Santa Cruz). Todos eran focos de atracción para el trueque y el comercio de las etnias nativas.

Los datos sobre la vida indígena se hacen muy minuciosos, incluso los que no son misioneros poseen buenos conocimientos de ciencias naturales y geografía (D'Orbigny, Claraz, Musters). Casi todos los relatos reflejan la convivencia de los autores, a veces durante largas temporadas, con los grupos indígenas. Comparten sus viviendas, sus traslados, sus cacerías, sus parlamentos, y algunos hasta su tipo de vestimenta.

5. Entre 1874 y la Conquista del Desierto y aun hasta principios de siglo, el Estado nacional envía naturalistas y científicos a recorrer diferentes zonas de la Patagonia con el objetivo de explorar el territorio, encontrar nuevas vías de comunicación y actuar en la demarcación de límites con

Chile: Moreno, Lista, Spegazzini, Burmeister, Onelli. El interés estaba centrado en consolidar el control político sobre esa extensa región patagónica casi desconocida.

Excepto Moreno, que visita la zona del Neuquén, los viajeros encuentran grupos pequeños fuera de sus territorios habituales y con una fuerte descharacterización cultural. De la Conquista del Desierto (1880-1883) quedaron abundantes partes de operaciones con datos sobre la ubicación de asentamientos indígenas, cantidad de hombres (o de lanzas) y de mujeres y niños, detalles de las operaciones, muertos, heridos y prisioneros.

Un tema que podríamos haber hecho interactuar en la caracterización de estos momentos es el que se refiere a cómo se dio el proceso de aculturación de estos grupos a través de estos diferentes períodos del contacto, y cómo ello se reflejó en las fuentes de archivo. Preferimos, sin embargo, por una cuestión de claridad y simplificación para su exposición, caracterizar qué tipo de fuentes escritas produjo la cultura europea y qué tipo de información contienen.

LOS DATOS QUE BRINDA LA ETNOHISTORIA

1. Ubicaciones geográficas

Los autores del primer momento aportan datos que permiten establecer ubicaciones geográficas puntuales (aunque sin exactitud) más que dispersiones territoriales. Ello se debe a que se trata de encuentros en zonas costeras, con pocas incursiones hacia el interior del territorio (con el agravante de su considerable extensión en este caso). Son los casos de Pigafetta ([1520] 1963), Loaysa ([1526] 1946), Veedor/Mori ([1535] 1941), Sarmiento de Gamboa [1580/84] 1768) y Narbrough ([1670] 1694), siempre al sur del paralelo de 45° S.

Los documentos del tercer momento (siglo XVIII) no pierden las características de reconocimientos costeros, aunque comienzan a informar acerca de nombres de caciques y de territorios de diversas etnias y/o caciques: Barne [1753], Viedma [1780/83]. Apenas en el cuarto momento aparecen ubicaciones geográficas bastante precisas de paraderos y asentamientos de tolderías, canteras, o tumbas: Schmid ([1858/65] 1964), Cox (1863), Claraz ([1865/66] 1988), Musters ([1869/70] 1979). El valor potencial de este tipo de datos reside en la probabilidad de ubicar sitios arqueológicos en esos mismos lugares, aunque en la práctica no es posible hacerlo con demasiada seguridad.

Un problema particular lo constituyen las áreas que según los datos etnohistóricos serían territorios limítrofes entre grupos diferentes. ¿Es posible esperar diferencias también entre los vestigios arqueológicos de esas áreas? Para ilustrar este tema hemos realizado una confrontación entre datos etnohistóricos y vestigios arqueológicos de sitios del área de Pilcaniyeu (Río Ne-

gro) y del valle de Piedra Parada (Chubut), estudiando el tema del río Chubut como límite entre etnias tehuelches (Nacuzzi 1987).

2. Densidad de los asentamientos

Es posible calcularla partiendo de datos como la cantidad de ocupantes de un toldo y el número de toldos agrupados cada vez (Boschín y Nacuzzi 1979:33). Los datos acerca de la densidad de tolderías permiten inferencias sobre la cantidad de personas que ocupaban al mismo tiempo un sitio arqueológico. Es posible arriesgar estimaciones sobre el volumen de vestigios arqueológicos abandonados cada vez y hacer intervenir esos datos en el cálculo acerca del lapso de ocupación de un determinado sitio; esto se relaciona estrechamente con los datos etnohistóricos acerca del tiempo de estada en cada paradero, la ubicación de los mismos y la función que ellos tenían en la vida económica, social o espiritual del grupo.

Al respecto, no debemos esperar el mismo tipo de vestigios o la misma densidad de ellos, según se trate de:

– el asentamiento de una gran toldería, que podía pertenecer a un solo grupo o a diferentes grupos reunidos por motivos comerciales o bélicos (Musters ([1869/70] 1979: 303);

– un asentamiento transitorio de una noche o de un día, que usaban cuando se desplazaban a grandes distancias en la estación estival (Viedma ([1780/83] 1972: 932-933), Schmid ([1858/65] 1964: 54-55);

– un asentamiento de varios meses que usaban como “campamento base”, mientras parte del grupo salía en partidas de caza que duraban entre 15 y 30 días (Viedma [1780/83] 1972: 912 y 917), o en partidas comerciales a veces de varios meses (Schmid [1858/65] 1964: 28, Viedma [1780/83] 1972: 919);

– asentamientos muy próximos, de tres o cuatro días cada uno, en una zona rica en presas de caza (Schmid [1858/65] 1964: 30).

En el momento ecuestre —al que se refieren estos datos— para que un sitio fuera utilizado como paradero, eran condiciones indispensables la presencia de agua, leña, pastos y buen reparo (Barne [1753] 1969: 89, Viedma [1780/83] 1972: 924, Schmid [1858/65] 1966: 29 y 182, Musters [1869/70] 1979: 148, 156, 157, 159, 161, 186, 209, etc, Lista [1878] 1975: 95, Burmeister [1889] 1883-91: 281).

Los datos etnohistóricos no mencionan la utilización de cuevas o abrigos bajo roca como sitios de habitación o ceremoniales. La arqueología debería intensificar la búsqueda de sitios a cielo abierto en Patagonia y su excavación, puesto que aportarían nuevos datos al conocimiento del período tardío del poblamiento indígena, basado hasta ahora casi exclusivamente en la evidencia que proporcionan sitios bajo reparos rocosos.

3. Rutas, circuitos de aprovisionamiento

Las rutas utilizadas por los grupos indígenas del período ecuestre en sus desplazamientos están bastante bien documentadas, como así también los

paraderos que las jalonaban (Barne [1753] 1969, Viedma [1780/83] 1972, Arms y Coan [1833] 1939, Schmid [1858/65] 1964, Claraz [1865/66] 1988, Musters [1869/70] 1979, Lista [1878] 1975). Dichos paraderos poseían nombres propios que generalmente hacían referencia a alguna característica topográfica o a algún recurso económico que brindaba (ver las citas del punto anterior). Los traslados eran programados de antemano, ningún movimiento se daba como un deambular sin rumbo fijo (Viedma [1780/83] 1972: 910 y 919, Schmid [1858/65] 1964: 182, Musters [1869/70] 1979).

Cada ruta destaca en su curso diversas posibilidades de aprovisionamiento de materias primas y componentes de la dieta. Datos que proporciona Harrington [1911/36] 1968, nos han permitido delimitar en la cuenca del Chubut un área de no más de 100 km de radio en donde se encontraban sitios de aprovisionamiento de piedras de afilar, piedras para boleadoras, mineral para limpiar lana, ocres para pinturas, y diversos vegetales que servían en su alimentación y en manufacturas diversas. Esto nos está señalando un aprovechamiento sistemático del medio ambiente, basado en un conocimiento preciso de sus potencialidades.

4. *Vivienda*

Es posible inferir la superficie aproximada de un toldo sobre la base de fotografías, dibujos y descripciones minuciosas de algunos viajeros (Viedma y Fitz Roy permiten calcularla de entre 8,60 y 9,70 m²). Los datos más útiles para la arqueología se refieren a la compartimentación de la vivienda y al uso de sus diferentes espacios (Viedma [1780/83] 1972: 961, Fitz Roy [1831/36] 1933 (XV): 176, Schmid [1858/65] 1964: 176-177, Musters [1869/70] 1964: 126, Hatcher 1896-99: 270 y lám. 20, 44, 45), puesto que estos datos permitirían delinear con mayor certeza áreas de actividad y aproximarse a la distribución de las estructuras de ocupación.

También son abundantes los datos sobre las actividades, diferenciadas por sexo y por tipos de manufacturas, que se llevaban a cabo en las cercanías del toldo. Este tipo de información complementa a la anterior en la tarea de delimitar áreas de actividad y distribución diferenciada de vestigios.

5. *Alimentación y actividades económicas*

La dieta está apareciendo cada vez más como diversificada, no basada exclusivamente en el consumo de diferentes tipos de alimentos de origen animal. En un trabajo reciente (Nacuzzi y Pérez de Micou 1983-85), hemos ejemplificado el uso indígena de partes subterráneas, hojas, frutos y semillas de diferentes especies vegetales. No siempre aparecen entre los vestigios arqueológicos restos vegetales que permitan inferir su uso en la alimentación, pero ésta es una perspectiva más para tener en cuenta en las investigaciones, comenzando por evaluar objetivamente otros indicadores posibles como los artefactos de molienda.

La práctica de la molienda parece haber estado presente en los primeros

momentos del contacto con los europeos, para desaparecer posteriormente (Pigafetta [1520] 1963: 54, Veedor y Mori [1535] 1941: 390-391 y 407). El uso de guanacos pequeños como señuelo para la caza es también un dato del primer momento, que no se repite en informaciones posteriores (Pigafetta [1520] 1963: 54, Veedor y Mori [1535] 1941: 391 y 407). Es otro dato que refuerza la idea de un conocimiento minucioso del medio ambiente, esta vez a través del manejo de una especie animal y, tal vez, indicio de los primeros pasos hacia la domesticación (Boschín y Nacuzzi 1979: 28).

Las técnicas de caza variaron con la incorporación del caballo, puesto que pasaron de la caza a pie, con perros y utilizando arcos y flechas, al uso de boleadoras por parte de jinetes más rápidos para atrapar a sus presas (Schmid, Claraz, Musters, Lista, entre otros viajeros, describen extensamente varias partidas de caza). La existencia de lugares de caza excepcionales es mencionada por algunos viajeros. En ese tipo de sitio podía encontrarse abundante cantidad de huesos de guanaco como en "Yamnago" o "Yamnagoo" (Claraz [1865/66] 1988: 66-67, Moreno, [1880] 1979: 114) o corrales para encerrar a los vacunos salvajes, como en el río Tecka (Musters [1869/70] 1979: 221).

También es posible obtener datos acerca de las partes de los animales que eran consumidas en los sitios de cacería, y las que eran transportadas a los sitios de habitación (Schmid [1858/65] 1964: 178 a 180, Claraz [1865/66] 1988: 67 y 83, Musters [1869/70] 1979: 131-132). Sobre técnicas de trozamiento, en cambio, los datos son más difíciles de encontrar.

6. *Manufacturas*

Para este rubro, se encuentran extensas listas y, en algunos casos, minuciosas descripciones de sus procesos de elaboración. Sin embargo, son escasos los datos para los artefactos líticos y cerámicos, que son los que más abundan entre los vestigios arqueológicos.

Para la cerámica, hay datos sobre su presencia en proximidades del puerto de San Julián en 1520 y en 1670 (Pigafetta [1520] 1963: 54, Narbrough [1610] 1694: 51). En el primer caso, estaba siendo usada por el grupo de indios que describe Pigafetta. Viajeros de épocas posteriores, sin embargo, ni siquiera mencionan su presencia.

Los instrumentos líticos tampoco son descriptos en detalle, aunque sabemos que eran usados diferentes tipos de ellos. Para los momentos posteriores a la Conquista del Desierto, hay datos de reutilización de instrumentos —raspadores— tomados de paraderos antiguos por las mujeres tehuelches (Onelli [1903] 1930).

En Boschín y Nacuzzi (1979: 21 a 26) hemos presentado una extensa lista de manufacturas agrupadas por materia prima, para cada uno de los tres momentos que proponíamos para sintetizar los cambios desde los primeros contactos hasta la Conquista del Desierto. Nos referíamos a cómo probablemente entraron en desuso ciertos instrumentos como los astiles o las puntas, a la producción de nuevas manufacturas (como todas las relacionadas

con el equipo de montar) y a la introducción de nuevas materias primas (como el vidrio, algunos metales y los cueros de vacunos y equinos) que proporcionó el comercio con el blanco. Estas manufacturas y materias primas, o bien artefactos de origen europeo, pueden aportar indicios cronológicos en caso de aparecer en los registros arqueológicos.

Acerca del arte rupestre, no existen referencias sobre su ejecución pero es posible encontrar otro tipo de datos relacionados con él, como el uso de colores y pintura en diferentes actividades mágico-religiosas y en la decoración de distintas manufacturas, los sitios de aprovisionamiento de pinturas, la preparación de los colores, los motivos decorativos usados (Boschín y Nacuzzi 1978). En el trabajo citado hicimos referencia al carácter eminentemente femenino de todas estas actividades, y reunimos el tipo de datos que pueden servir indirectamente para la interpretación del arte rupestre, ordenando la información sobre uso de pintura facial, corporal, en tatuajes, para ceremonias, para períodos de duelo, para la guerra, para uso de caciques, ancianos y shamanes y para la decoración del toldo y los mantos.

La lista de viajeros que han hecho referencia al tema es larga (todos los ya citados, con la aclaración de que algunos proporcionan la ubicación de sitios de aprovisionamiento de pinturas: Claraz [1865/66] 1988: 84, Musters [1869/70] 1979: 69 y 145, Lista [1878] 1975: 117, Onelli [1903] 1930: 108, por ejemplo) puesto que aun en contactos muy cortos, el detalle de caras y cuerpos pintados no dejaba de consignarse en las crónicas: Byron [1764] 1957, Boungainville [1766] 1957, Pineda [1789] 1971, Parker King [1828/31] y Fitz Roy [1828/3 y 1831/36] 1932-3.

CONSIDERACIONES FINALES

La conquista y la colonización europea son una característica peculiar y determinante de la historia americana. Aparte de producir una serie de fenómenos que hoy englobamos bajo el término de aculturación (abarcando desde los primeros cambios puntuales en algún aspecto de la vivienda o la alimentación, hasta la descaracterización y destrucción de las culturas nativas), dejaron una cantidad importante de documentos escritos relativos a ese largo proceso de contacto entre ambas culturas.

La etnohistoria se ocupa del estudio de los grupos indígenas mediante el uso de esos documentos producidos por terceros y, a veces, puede agregar a sus interpretaciones el aporte de las tradiciones orales. Este tipo de estudios son realizados con una metodología histórica en lo que hace a la búsqueda y la recuperación de la información, y con una perspectiva antropológica que se hace insoslayable, puesto que las evidencias documentales disponibles fueron producidas por representantes de culturas radicalmente diferentes de las que se estudia.

El uso de las tradiciones orales no es un camino lo suficientemente explorado en nuestro medio, dado el estado actual de transfiguración étnica y descaracterización cultural de los grupos nativos. En tal situación resulta utópico intentar estudios lingüísticos, etnográficos o de recopilación de tradi-

ciones orales, y más aún si tenemos en cuenta que subsisten prejuicios racistas en medios de comunicación, programas escolares y opiniones de especialistas de diversos campos de la ciencia. Estudios serios y documentados que produzcan una revalorización objetiva de las etnias nativas, su historia y su conocimiento del ambiente, podrían hacernos esperar que en el futuro sea posible recopilar tradiciones orales, sin que ello traiga aparejada una situación vergonzante de autoadscripción étnica por parte de nuestros eventuales informantes.

Junto con la información de archivo y las tradiciones orales, la arqueología aporta al conocimiento de las etnias nativas la profundización temporal de su historia. Siempre aparecen lapsos en los que la información de ambas vertientes se superpone, y allí no debe desaprovecharse la posibilidad de confrontar los datos disponibles. Aunque hay aspectos en los que tal confrontación no resulta simple, creemos que el estudio del período tardío ha cambiado, y en el futuro lo hará aun más, desde que se hacen intervenir los datos de la etnohistoria en la interpretación de los registros arqueológicos.

Para los períodos en los que ninguna superposición es posible, los datos que provienen de la etnohistoria nos sirven para elaborar hipótesis, plantear nuevos interrogantes y ensayar analogías válidas, puesto que estamos llevando hacia atrás en el tiempo datos que provienen de tribus identificables que habitaron el mismo espacio geográfico. En este sentido, ya Steward (1942) señaló las ventajas del “enfoque histórico directo” en arqueología, destacando que:

“involucra la lógica elemental de trabajar desde lo conocido hacia lo desconocido [...]. De hecho, si uno se hace cargo de la historia cultural como su problema y de los pueblos del período histórico temprano como su punto de partida, las diferencias entre los campos estrictamente arqueológico y estrictamente etnográfico desaparecen. La arqueología complementa el cuadro cultural pintado por los documentos históricos y los testimonios de los informantes. La etnografía explica los materiales arqueológicos en su contexto cultural y donde la arqueología describe cambios hacia atrás en el tiempo, la etnografía puede señalarlos hacia adelante”. (Steward 1942: 341, traducción nuestra).

Trigger (1987), por su parte, expresa esta no diferenciación de lo arqueológico y lo etnográfico como un “debilitamiento de las barreras tradicionales que separan arqueología, etnología e historia”. Para este autor, la historia de las sociedades, la dinámica del cambio cultural y las regularidades que caracterizan el comportamiento humano se comprenden mejor si se tiene en cuenta la dimensión histórica de los problemas:

“Este acercamiento arrasa no solo con las distinciones entre estudios basados en datos arqueológicos, etnohistóricos y etnológicos sino también la distinción entre etnología e historia social”. (Trigger 1987: 47/48).

Esto nos lleva a retomar el tema de la falsa dicotomía entre historia y antropología (Trigger 1978) y el de las diferentes tácticas de investigación (Murra 1975) para conocer el pasado. Si pensamos en la etnohistoria como una de esas tácticas de investigación, la que estudia a los pueblos indígenas mediante el uso de fuentes orales y documentales, la incluiremos dentro de la Historia (sin dicotomías) junto con la arqueología y la etnografía, otras tácticas posibles. Sobre la etnografía como el estudio de los "otros", de los "sin historia" porque tienen una forma de vida diferente de la occidental, ya se ha expresado Moniot (1978), quien a su vez reclamaba una reflexión antropológica para los problemas históricos.

El más claro aporte que puede hacer la etnohistoria a la arqueología de Patagonia es, a la inversa, una reflexión histórica que la impregne y que flexibilice sus relaciones con la propia historia, con la etnología y con la antropología social, que está estudiando problemas humanos que son el resultado actual de largos procesos que todas estas disciplinas contribuyen a desentrañar. Además, los enfoques interdisciplinarios no nos deberían atemorizar en cuanto a una posible pérdida de "independencia" de la antropología, pues es de esa manera como se enriquecen las conclusiones de cualquier estudio posible. Podemos compartir el objeto de estudio con otras disciplinas, pero serán nuestra metodología y nuestros modos de conocimiento particulares los que nos proporcionen perfil propio y, a la vez, se transformen en nuestro aporte específico y diferenciado en un trabajo interdisciplinario.

Viedma, octubre de 1987.

Buenos Aires, mayo de 1990.

Agradecimientos

A Ana María Lorandi y a Alfredo Fisher, por la lectura crítica de diferentes versiones del manuscrito.

- Arms, J. y T. Coan [1833] 1939. "[Extracto de los diarios de los señores Arms y Coan — Noviembre 14 de 1833]", *Revista de la Biblioteca Nacional*, III (9): 104-152, Buenos Aires.
- Barne, J. [1753] 1969 "Viaje que hizo el San Martín desde Buenos Aires al puerto de San Julián, el año 1752: y el de un indio paraguayo, que desde dicho puerto vino por tierra hasta Buenos Aires", *Colección Pedro De Angelis*, IV: 66-101, Buenos Aires, Plus Ultra.
- Boschín, M. T. y L. R. Nacuzzi 1975. *Reconstrucción etnohistórica de la cuenca del río Limay, siglos XVII a XIX*, Cursillo de especialización en Arqueología FF y L, UBA, Buenos Aires, MS.
- Boschín, M. T. y L. R. Nacuzzi 1978. *Datos etnohistóricos sobre el uso de pintura entre los tehuelches meridionales*, Comunicación al V Congreso Nacional de Arqueología (San Juan), Buenos Aires, MS.
- Boschín, M. T. y L. R. Nacuzzi 1979. *Ensayo metodológico para la reconstrucción etnohistórica. Su aplicación a la comprensión del modelo tehuelche meridional*, Serie Monográfica, 4, Buenos Aires, Colegio de Graduados en Antropología.
- Bougainville, L. [1766] 1957. *Viaje alrededor del mundo, por la Fragata del Rey 'La Boudeuse' y la urca 'L'Etoile'*. (Biblioteca Indiana), Madrid, Aguilar.
- Burmeister, C. [1889] 1883-91. "Expedición a Patagonia por encargo del Museo Nacional" *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, III: 253-326. Buenos Aires.
- Byron, J. [1764] 1957. *Viaje alrededor del mundo. Hecho en 1764 y 1765 en el barco de S.M. el 'Delfín'*. (Biblioteca Indiana), Madrid, Aguilar.
- Céspedes del Castillo, B. 1972. "Las Indias durante los siglos XVI y XVII", en Vicens Vives, J.: *Historia social y económica de España y América*, III: 319-535, Barcelona, Vicens-Vives.
- Claraz, J. [1865/66] 1988. *Diario de viaje de exploración al Chubut*. Buenos Aires, Marymar.
- Cox, G. 1863. *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia*. Santiago de Chile, Impr. Nacional.
- Fitz Roy, R. [1831/36]. Ver PARKER KING y FITZ ROY.
- Hatcher, J. B. (a cargo) [1896/99] 1903. *Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia...*, I. Princeton, W. B. Scott.
- Harrington, T. [1911/36] 1968. "Toponimia del Günuna Küne", *Investigaciones y Ensayos*, 5:331-362, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- Lista, R. [1878] 1975. *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia*, Buenos Aires, Marymar.
- Loaysa, G. J. de. [1526] 1946. "De la navegación que hizo la armada del Emperador Carlos V ... verificada desde el puerto de La Coruña, por el Estrecho de Magallanes hasta las Molucas ...", en Fernández de Navarrete, M., *Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles*. V. Buenos Aires, Guaranía.
- Malaspina, A. [1789] 1885. *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida ... desde 1789 a 1794*, Madrid, Abienzo.
- Moniot, H. 1978. "La historia de los pueblos sin historia", en Le Goff y P. Nora (comp.), *Hacer la Historia*, I:117-134, Barcelona, Laia.
- Moreno, F. P. [1880] 1979. "Segunda excursión a la cordillera ...", en Moreno, E. V., *Reminiscencias de Francisco P. Moreno*: 87-181. Buenos Aires, EUDEBA.
- Mori, J. [1535] 1941. "Relación escrita por ... de lo ocurrido en la expedición de Simón de Alcazaba al Estrecho de Magallanes ...", *Revista de la Biblioteca Nacional*, V (19): 401-412. Buenos Aires.

- Murra, J. V. 1975. "Las investigaciones en etnohistoria andina y sus posibilidades en el futuro", en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*: 275-312. Lima, IEP.
- Musters, G. [1869/70] 1979. *Vida entre los patagones*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
- Nacuzzi, L. R. 1987. "Una hipótesis etnohistórica aplicada a sitios de Patagonia central y septentrional", en *Primeras Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 179-184. Rawson, Dirección Provincial de Cultura.
- Nacuzzi, L. B. y C. Pérez de Micou. 1983-85. "Los recursos vegetales de los cazadores de la cuenca del río Chubut", *Cuadernos del INA*, 10:407-423, Buenos Aires, Instituto de Antropología.
- Narbrough, J. [1670] 1694. "Sir John Narbrough's voyage to the South Sea ..." en: *An Account of several late voyages and discoveries ...*, Londres, Smith and Waldorf.
- Onelli, C. [1903] 1930. *Trepando los Andes*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- Parker King, P. y R. Fitz Roy [1828/36] 1932-33. *Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S.M. "Adventure" y "Beagle" en los años 1826 a 1836*, Biblioteca del Oficial de Marina, XIII a XVI, Buenos Aires.
- Pigafetta, A. [1520] 1963. *Primer viaje en torno del globo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Pineda, A. [1789] 1971. "Descripción de los Patagones", en Priegue, C.: "La información etnográfica de los Patagones del siglo XVIII en tres documentos de la expedición Malaspina", *Cuadernos del Sur*, 3:25-32. Bahía Blanca, Instituto de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur.
- Sarmiento de Gamboa, P. [1580] 1768. *Viaje al Estrecho de Magallanes ... y Noticia de la expedición que después hizo para poblarle*. Madrid, Impr. Real de la Gazeta.
- Schlegel, M.; E. Soto; M. T. Boschín y L. R. Nacuzzi, 1976. "Confrontación de datos arqueológicos y protohistóricos en el área de la confluencia de los ríos Limay y Collón Cura (Pcia. de Neuquén)", *Revista del Museo de Historia Natural*, III: 383-387, San Rafael.
- Schmid, T. [1858/65] 1964. *Misionando por Patagonia austral*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- Schobinger, J. 1958-59. "Conquistadores, misioneros y exploradores en el Neuquén; antecedentes para el conocimiento etnográfico del noroeste patagónico", *Runa*, 9 (1-2): 107-123, Buenos Aires.
- Steward, J. 1942. "The direct historical approach to archaeology", *American Antiquity*, VII (4): 337-343.
- Trigger, B. 1978. "Ethnohistory and Archaeology", *Ontario Archaeology*, 30: 17-24.
- Trigger, B. 1987. "Ethnohistoria: problemas y perspectivas. (Trad. C. T. Michieli)", *Traducciones y comentarios*, 1: 27-55, San Juan, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo.
- Veedor, A. [1535] 1941. "Relación de las cosas que sucedieron en la armada de Simón de Alcabaza ...", *Revista de la Biblioteca Nacional*, V (19): 387-400, Buenos Aires.
- Viedma, A. [1780/83] 1972. "Diario y Descripción de la costa meridional del sur llamada vulgarmente patagónica ...", *Colección Pedro de Angelis*, VIII B: 845-966, Buenos Aires, Plus Ultra.
- Watchel, N. 1978. "La aculturación", en Le Goff, J. y P. Nora (comp.): *Hacer la Historia*, I:135-156. Barcelona, Laia.